



Esta publicación ha sido escrita por:

Bonifacio Sola García,

En este libro Narra sus recuerdos y vivencias desde su nacimiento hasta su juventud.

En la época de la posguerra. Su infancia y la de los niños del pueblo, la escuela, el hambre, las ilusiones etc...

Habla de los trabajos del campo, de la electricidad y la radio que llegan al pueblo. Hace referencia a la emigración, hablando de los objetos que llevan y de lo que explican los emigrantes que vuelven al pueblo en verano



El Portacho, Memorias de un barrio **Bonifacio Sola García**

CAPÍTULO 1º Nacimiento e Historias de Familiares

Corría el año 1952, se vivía una posguerra y la situación era la escasez y la pobreza. Esta se acentuaba más en las familias humildes, denominadas, braceros. Solamente dependía de que le avisaran a trabajar. Tenían la costumbre de bajar a las esquinas o a la puerta del Marcelo, donde con un poco de suerte podías echar un jornal y ganar para comer ese día.

El siguiente, ya no lo tenías tan claro, y como única salida era coger el cogeor de esparto y traer a la cueva lo que se pudiera. Otra alternativa podía ser la de ir a picar copos e incluso, ya la mujer se quedaba haciendo una cabeza de sogas que era con lo que se hacían las suelas de los alpargates, ir a rebuscar almendras, un haz de bojas o espigar para poder subsistir, que me parece que era lo máximo a lo que se aspiraba en estos difíciles tiempos.

Hablando de este mismo año, un diez de julio, mi padre y mi hermano se fueron a rastrojar a la “Alpanchía”; vivíamos en el número treinta y ocho del “Collado Alto”, junto a las cuevas hundías, y a eso de las diez y media de la mañana, Carmen la “Bailaora” empezó a sentirse mal, estaba embarazada y se cumplían los nueve meses. El malestar era síntoma de parto. Llamó a la tía Ángeles la “Guardilla” y ella se encargó de correr la voz a todo el vecindario. Hora y media más tarde daba a luz un chiquillo.

Eran tiempos en los que todo el mundo se alegraba de que a los demás les pasaran cosas buenas y esta mujer, Carmen, de alguna manera se encargaba de que el barrio tuviera la menos pena posible e incluso de tapar alguna necesidad. Sufriría interiormente, pero nunca lo manifestaba. Desde ese momento decía que de chico que de chico era muy bonito, pero yo nunca he estado convencido, sería amor de Madre.

Cuando una mujer daba a luz, había la costumbre de matar una gallina, hacer caldo, ya que era lo que más reanimaba a la recién parida.

Mi madre tenía un seno muy voluminoso y me estuvo dando el pecho casi dos años; coincidiendo que a los dos meses de yo nacer, en el barrio de enfrente, “El Real”, nació un chiquillo, y a su madre por desgracia se le retiró la teta de susto, eso decía, y ella se enteró de

esto, compartió el pecho para los dos y salimos adelante.

Desde que mi madre quedó embarazada, siempre que fuera niño, ya tenía nombre. Tuvo otro varón, nueve años antes y ese privilegio fue para mi padre, le pusieron Jesús. A partir de ahí, ya lo tuvo más fácil, le puso Carmen a su hija como ella y a éste último no había quien se lo quitara, se llamaría Bonifacio; detrás de este nombre quedó una historia muy fuerte.

En plena Guerra Civil, a la familia de los “bailaores” encabezada por el “tío José” y la “tía Antonina”, recibían la noticia de que a su hijo Bonifacio lo habían matado, nunca se supo cómo, pero la pena se apoderó de esta familia y las conversaciones de la casa se convirtieron en lágrimas, solamente quedó el orgullo de que murió defendiendo sus ideales.

Cuando tenía dos años y empezaba a tatas a volcar alguna que otra silla, de las pocas que teníamos o llegaba hasta el vecino más próximo, que era el “tío Pelele”, en el portal estaba siempre Manolo cosiendo suelas y yo empezaba a enrearle el manojito de cordeles y acababa volcándole las suelas, y ahí sí que no toleraba que estuviera más tiempo allí y además decía que le hacía sombra luces. Yo no sabía lo que era eso.

Lo mejor de todo es que tenía cabida donde me acercara, todo el barrio me quería, éramos como una familia muy grande.

Cuando tenía cinco o seis años y empezaba a ser útil para algunas cosas, el trabajo que más me encomendaban era el de hacer “mandaos”, porque les traía todo lo que me decían y sobre todo la vuelta, nunca me quedaba con nada, si no es que me daban ellos. También les llevaba la comida al campo a mi madre y a mi hermano y les ayudaba en lo poco que podía.

Justo a los seis años entraba en la escuela. Me compraron la primera cartilla con la marca “Manín” y además una pizarra y un pizarrín que siempre se rompía muy pronto, porque cuando te peleabas era con lo primero que dabas y también me compraron una libreta y un lápiz. El primer curso era la escuela de los “cagones”, pero a mí la escuela me gustaba, ponía mucho interés y cuando ya conocía las letras, iba a las tiendas y leía todos los letreros y pegatinas que hubiera delante. Cuando ya me desenvolvía bien, escribía todas las cartas en mi casa.

A ninguno de mis hermanos les gustaba estudiar. Mi vecina “la Belmira”, que no sabía escribir, yo le escribía las cartas del novio, que estaba en la mili, en Ceuta, y cuando le leía las del novio, me hacía que se las repitiera dos o tres veces.

CAPÍTULO 2º Emigración

El ambiente del barrio era de alegría, cualquier pena, aunque fuera pequeña se la contabas a todos para que fuera más pequeña todavía. Prestabas lo poco que tenías desinteresadamente, pero empezaba a surgir algo que nos iba a ir separando, era la emigración. Empezaban los hijos mayores a probar suerte en otro lado y cuando encontraban trabajo, en la primera carta decían que se habían “colocao” y empezaban a arrastrar más miembros de la familia hasta que al final acababan todos en Barcelona.

Ha sido de las cosas que a mí mayormente más me han entristecido. En ese tiempo creo que tenía claro que yo iba a ser albañil. Me metía en el corral y arreglaba el gallinero o le hacía una pila a los chinos para beber agua o arreglaba trozos de los suelos de grea.

Precisamente mi padre también probó suerte, cogió su maleta de madera, con aquella cuerda que amarraba alrededor para que no se pudiera abrir, y en tres días de viaje cruzó la península y llegó a Asturias, concretamente a un pueblo llamado Avilés. En una primera temporada estuvo catorce meses y volvió a repetir y se estuvo dos años más. Trabajó en la empresa de Entrecanales, que por entonces construía todo lo que iba a ser la siderurgia.

Mi padre era muy trabajador y nunca se conformaba con echar un jornal, con el fin de traer el máximo a su casa, es mas cuando vino compro una fanega de tierra en la "alpanchia" lo cual tenia once paratos en los que consiguió sembrar unos arroyos de papas en algo que era de su

propiedad, para el fue como un sueño.

A mi lo que mas ilusión me hizo fue que me trajo un bolígrafo, con tan mala pata que lo desarme y y se me derramo la tinta también trajo un reloj despertador y mi manía era ponerlo en hora, darle cuerda y que tocara aquello.

Fue un paso grande. Antes para saber la hora teníamos que que bajar a la puerta del "tío pió" que desde allí se veía el reloj de la torre. Otras de las cosas que también me gusto fue que trajo chocolate, era la primera vez que lo cate. Me gustaba hasta oler el papel ya que se entendía que comer estas cosas era un lujo, galguerías decían entonces. Lo que mejor visto estaba era comer pan y tocino.

CAPÍTULO 3° Juegos y travesuras

Los días siempre se quedaban pequeños porque una vez que acababas las tareas te salías a jugar. era interminable la infinidad de juegos, hasta el punto de jugarnos los botones, pero todos eran muy divertidos y a todo esto había que añadirle la manía que, mas bien yo diría que era necesidad de cuando entraba la noche, salir a la vega a comer de lo que hubiera en esa época, que de alguna forma saciabas esa ansiedad. La mayoría de las conversaciones eran relacionadas con la comida.

Una noche tocó ir a un cerezo que sabíamos donde estaba, al mismo oscurecer ya estábamos todos engarbolaos arriba, no pasaron diez minutos y desde abajo, en el tronco, se oía una voz que decía: (ya tenía yo ganas de pillaros!; todo quedó por un momento en silencio, y sin hablar, todos entendimos que por el tronco no se podía bajar. Este hombre armado con una vara de un metro aproximadamente, estaba convencido de que la mayoría de nosotros nos llevaríamos un buen estacazo, pero no le dimos ese placer, nos descolgamos cada uno desde la misma rama que nos cogió y por el tronco no pasó nadie, pero a Pepe el manquillo se le quedó un alpargate debajo del cerezo y éste con la cara de lástima nos decía que él no podía asomar a su casa sin él, además sólo tenía ese par y a fuerza de darle vueltas al asunto, por humanidad entre todos lo acompañamos, pero a pesar de hacerle todos los cargos, éste hombre se resistía en darle el alpargate, con agujero incluido en la parte de adelante, y además amenazándonos de que iría al cuartel, que en esos tiempos era a lo que más se le temía. Al final nos lo dio, pero se lo dijo a nuestros padres. Los demás no sé como lo pasarían, pero el mío se quitó la correa y con bastante mala leche, la cogió dejando libre la parte de la hebilla.

Mi madre que se enteró de la situación se puso por el medio y el correazo lo recibió ella, y cuando tuve el menor desliz, me subí a lo alto del cerro y por mucho que insistieron en que bajara, allí permanecí el resto del día. Por la noche , cuando cierta preocupación desistí y haciéndole caso omiso a mi madre, bajé y todo volvió a la normalidad. Mi hermana siempre estaba de mi parte.

CAPÍTULO 4° Relaciones de Familia y de Amistad

Mi hermano, por ese tiempo, salía a trabajar por temporadas a Valencia o a cualquier otro sitio. Donde más iba era al Prat de Llobregat, al Porcho, que le decían y el trabajo consistía en coger lechuga y escarola. El siempre se quejaba porque era un trabajo infrahumano, había que hacerlo lloviendo, de noche sin tener en cuenta nada más, lo pasaban muy mal. Allí se compró un anoral y cuando vino estábamos deseando que se lo quitara para ponérselo nosotros, fue como un descubrimiento, lo bien que te sentías con aquella prenda puesta.

Mi hermana y yo, sin embargo éramos inseparables, ella tres años mayor que yo, pero nos ayudábamos en las tareas para acabar a la vez. Después nos íbamos a dar una vuelta al pueblo y nos lo pasábamos muy bien. En ese tiempo, fue cuando empezó a funcionar el cine, era un

acontecimiento.

Todo el que juntara dinero para comprar la entrada era todo un logro. Echaban hasta tres funciones e incluso lo repetían el lunes y el sábado. Una vez que sonaba el altavoz, ya había ambiente de fiesta, sobre todo los que tenían novia, ya era motivo para ir a buscarla, y los que empezaban a ir detrás de alguna muchacha, pues era el punto de encuentro. Todos nos lo pasábamos muy bien y si encima te bebías una gaseosa pues salías más contento que unas pascuas. El resto de la semana sería para comentar la película. La gente mayor, que tenía el recuerdo de una guerra reciente y el drama que suponía, cuando las películas eran violentas se emocionaban y rompían a llorar, era preferible ver las que no dramatizaban tanto y servían para reírse.

Otro lugar de esparcimiento era ir a pasear al puente de hierro, de ahí salían novios la mayoría. La verdad es que no todos los pueblos pueden presumir de tener un puente tan bonito que invita a pasear por él. Allí cada uno lucía los cuatro trapillos que pudiera tener.

Costaba mucho trabajo acercarse a la muchacha porque las calabazas estaban aseguradas, aunque por dentro lo estuvieran deseando, pero no estaba bien visto que la primera vez fueras bien recibido, pero el romanticismo prevalecía, además con el simple hecho de ver a la muchacha, ya te dabas por satisfecho. Después tenían que dar el visto bueno sus padres y todo dependía del buen comportamiento.

Los zagales, cada uno teníamos nuestra panda y había cierta rivalidad. Los "portacheros" los del "barranco", los de las "cruces"... Había que ser un número similar porque si se veía un grupo inferior sería el que a la hora de las disputas se llevaría la peor parte. En los barrios se unían para todo, era fruto de la pobreza. Había veces que teníamos que pedir un misto para poder encender el fuego.

Cuantos milagros tenía que hacer esa mujer para poner algo en la mesa. Mi madre siempre esperaba a que cenáramos nosotros primero y después ella. Quizás lo haría si nos quedaba algo. Después nos acostábamos y hasta que no nos dormíamos, estaba pendiente por si alguno de nosotros nos despertábamos o por si necesitábamos algo. Dormíamos en aquella cama, en la que unos trozos de cuerda sustituía a la colchoneta, un colchón lleno de farfollas y en algunos casos de paja, dos sábanas manías y una colcha de Palencia, pero la felicidad estaba asegurada ese día.

Ya amanecía otra vez. Al levantarse ya estabas pensando en pillar algo para comer, en esos tiempos próximos a la Pascua, casi siempre había una cesta con rosquillas, y sin contar con nadie, metías la mano y enganchabas dos o tres, te las metías en el seno o en los bolsillos y detrás de la tapia del corral te los comías como níspolas. Todavía no te habías lavado, después descubrían que la cesta iba para abajo, pero nunca sacaban en claro quien había sido. Después te lavabas en la zafa y te mojabas el pelo para que se agacharan los remolinos al peinarte. Mi manía era echarme el pelo para atrás, eso significaba que querías aparentar más mocico y claro que influía por que ganabas dos o tres centímetros, entonces coincidiendo con la época hippie, y si te dejabas el pelo un poco largo pues te decían que eras un ye-ye, y que el pelo te comía enseguida, había que bajar a la barbería del tío "granaíno". Te dejaba la cabeza que patinaban las moscas, si era verano, se agradecía, pero si era invierno pasabas todo el frío que querías y al ir las orejas tan poco protegidas, te salían sabañones, estando la mitad del tiempo arrancándote.

CAPÍTULO 5º Costumbres de pueblo

Una época del año que querías que llegara, era la época de las matanzas. Aquello era una fiesta, sabías que ibas a saciar un poco ese deseo de hartarte de comer. A los chiquillos nos hacían un mejendero y nos lo pasábamos muy bien, además estabas invitado a todas las del barrio. Todos los que habían conseguido criar un cerdo, porque a veces con miles penas se

compraba, pero luego no tenías que qué echarle de comer y el pobre animal ni crecía ni engordaba y cuando llegaba la hora de matarlo estaba casi igual que el primer día, ya que se criaba con cuatro puñados de hierba u hojas de remolacha. La cebada estaba muy lejos y era de vez en cuando, pero aquello cambiaba mucho cuando entrabas a la cocina y encima del fuego había un par de cañas de morcillas, y si entrabas a la camarilla había otras con chorizos, butifarras, algún jamón y los blancos. Esto último si que estaba seguro, una de las forma que conseguíamos alcanzar a las cañas era tirando el gato para arriba, él se encargaba de bajar con las uñas lo que cogiera a su paso, pero antes tenías que asegurar bien que la gatera estuviera bien tapada, porque si no el único que disfrutaba era el gato.

En la escuela, gracias a las ayudas internacionales, se recibía leche en polvo y queso por las mañanas. El maestro sacaba a dos o tres voluntarios, bueno preguntaba quien quería hacer la leche, tenía que levantar la mano. La levantemos casi todos. Había unos cuantos en los bancos de adelante que no les apetecía mucho ni hacerla ni beberla, podéis imaginaros quien podían ser, encima los ponía en los bancos de adelante, pero de media escuela para atrás lo estábamos deseando. Yo pensaba que nos pondrían más atrás porque íbamos mal vestidos y con remiendos. Nosotros no teníamos en cuenta esa diferencia, lo que contaba era hacer la leche y bebérsola cuanto antes y si encima podíamos repetir, pues mucho mejor. En invierno había una estufa de aserrín y ¿quién serían los encargados de cargarla y encenderla?. Pues los mismos de antes. La estufa estaba situada en la parte de adelante y una vez encendida pasabas a tu banca. Allí el calor apenas se notaba, pero psicológicamente de saber que había una estufa, ya tenías menos frío. Más tarde, sacábamos la técnica de bajarnos una lata con ascuas, con un alambre para cogerla y no quemarte, era otra forma de paliar la situación, pero qué calor podría producir cuatro ascuas que podrían coger en la palma de la mano. Al final la latas servía para dar latazos a los demás. Por la tarde tocaba el queso, ya te bajabas un trozo de pan de tu casa y a media tarde sacaba el maestro una lata redonda de unos cuarenta centímetros d diámetro y se repartía equitativamente un trozo para cada uno. Después de terminar de merendar, subía más el tono de voz y el rato que faltaba para salir ya no era tan severo.

Cada mes o un tiempo similar venía una gente que tenía que ver con el Ministerio de Educación. Nos ponían una película del gordo y el flaco o del fray escoba. Ese día también nos lo pasábamos bien. En ese tiempo había mucho respeto, o lo imponía el maestro, ya empezaba al entrar que tenías que decir “se puede” o una vez dentro, cuando alguien entraba a la escuela todos nos teníamos que levantar hasta que ordenara que nos sentáramos.. nos castigaban por lo más mínimo. El maestro ya tenía una regla encima de la mesa, te hacía poner las manos y te daba dos o tres reglazos, si escondías la mano, el castigo sería mayor. Había otros que la palabra más bonita que utilizaban era decirte “burro”.No sé que relación tenía un crío con un animal, tan noble y tan maltratado por toda la sociedad. Otra forma de castigar era dejarte encerrado, algo que también se le temía mucho o darle las quejas a tu padre. Ya tenías bastante. Te podías acostar sin cenar y caliente. Lo que más deseabas era que llegara la hora del recreo, había infinidades de juegos: las perinolas, las bolas, salva la cadena, la dopi, el caliche, etc.

Al salir y llegar a tu casa ya tenías preparado algo para hacer, como traer agua o un saco de hierba para los conejos.

Para mí, en ese tiempo mi debilidad, obsesión o más bien un sueño, eran las bicicletas. Me iba donde hubiera alguna y el simple hecho de estar al lado y tocarla, ya me daba por satisfecho. Había gente generosa que te dejaban darte una vuelta, lo hacías por debajo del cuadro. A mí me parecía que nunca llegaría a tener una, pero un poco mas tarde mi hermano consiguió comprar una de relance que se decía entonces que era de segunda mano. Antes de tocarle, tenías que hacer todo lo que te dijera, pero mi hermana me ayudaba, ella me conocía mejor y colaboraba porque sabía que me hacía muy feliz. Después fui juntando dinero y conseguí con piezas y un cuadro que me regalaron, ir montando una de carreras, creo que nunca habré disfrutado tanto.

Un día en la camiseta le pinté unas franjas de colores para parecer un ciclista. La pintura al secarse, se endurece, las franjas que había pintado se pusieron como tablas y me rozaban, aquello me hacía daño, pero la ilusión de sentirme como un ciclista podía más.

CAPÍTULO 6° La radio

Por esas fechas, compramos una radio, antes de tenerla teníamos que escucharla en casa de algún vecino, que eran muy pocos los que la tenían. Aquello fue como una fiesta, lo oíamos todo y esperábamos que saliera alguien cantando, el que más nos gustaba oír era a Antonio Molina.

Mi vecino, “el Castoro”, que también se subió uno a los pocos días, bajó para devolverlo porque decía que en el suyo no salía cantando, pero lo convencieron y le dijeron que no se desesperara que ya saldría, y un día que cantó y él no estaba, la mujer lo apagó corriendo para ponérselo cuando llegara. Creo que la felicidad era fruto de la ignorancia. Allí donde hubiera una radio, era donde se concentraba toda la gente, unos cosían suelas, otros hacían jarcia de esparto, las mujeres hacían sogas o desgranaban una espuerta de panizo.

Los domingos, los zagales, nos juntábamos en cualquier casa y lo principal era que hubiera música. Conseguimos comprar un tocadiscos de uno que había venido de Barcelona y aquello era una fiesta. Se venían las muchachas, comprábamos una bebida que le llamaban “zarzaparrilla” y echábamos en una botella un poco de esto y el resto de la botella de agua. Al final lo único que cambiaba en la botella era el color, pero nosotros, todos tan chulos, cada uno con nuestro vaso en la mano, sacábamos a bailar a las muchachas, pero no todas las veces lo aceptaban. Cuando empezabas a bailar, ellas apenas te cogían y te ponían los codos en el medio y más que otra cosa lo que te iban haciendo era daño. Nosotros apenas llegábamos con los dedos y si ponías música lenta, casi no querían bailar.

Otra de las cosas que había afición era hacer comedias. Cada uno se encargaba de hacer un número según la habilidad o lo más espontáneo que se te ocurriera en ese momento. Se ponía una sábana que servía de telón y otra más al fondo que servía para cambiarse y prepararse para salir. En la cara siempre eran tiznajos, bueno, las muchachas como eran un poco más presumías, había alguna barra de labios. Al principio lo hacíamos para pasarlo bien nosotros, pero más tarde pensamos que se podía hacer en un sitio más grande y hacer entradas para sacarnos algún dinero. Así lo hicimos de momento, como novedad. Tuvimos bastante éxito, pero como casi siempre hacíamos lo mismo, aquello empezó a tener menos interés, entonces como única renovación, se nos ocurrió que las muchachas salieran con la falda más corta y aquello volvió a coger la misma fuerza, pero enseguida empezaron los problemas cuando sus madres se enteraron y así alguno pilló algún coscorrón, terminando nuestra época de artistas.

CAPÍTULO 7° La luz eléctrica y aprendizaje

Poco tiempo antes se había construido una fábrica de corriente eléctrica y el pueblo dudaba si eso sería posible que funcionara, unos apostaban porque podía ser y otros que era imposible, de ahí que cuando aquello funcionó la fábrica se llamó “La posible”. Por el centro del pueblo donde primero se hicieron las instalaciones y después fue llegando por los barrios, En las cuevas, ponían a la entrada una cajilla pequeña negra que le decían un “limita” y solamente te ponían un punto de luz. Nosotros le dijimos que pusieran la bombilla entre el portal y la cocina, ya que nos pareció el sitio donde más se podía aprovechar, pero aquello apenas alumbraba y no se quien nos dijo que poniendo una bombilla de más voltaje alumbraba más y así lo hicimos. Al

oscurecer, mi madre decía que pusiéramos la pera gorda y aquello cambiaba.

Por los barrios también pusieron un alumbrado público y una de las cosas que se cogieron por costumbre era dejarte ir a dar una vuelta, pero te advertían que a las luces encendidas tenías que estar de vuelta.

Una de las cosas que a mí me causaba respeto, era la gente mayor, aunque no tuviera mucha edad, pero los hombres con aquellos pantalones de pana que al andar zurrían, los chalecos que llevaban y la camisa con todos los botones abrochados, todos con gorra o boina y los colores con tono más bien oscuro. Las mujeres con muchos refajos y casi todas con pañuelos en la cabeza y como era normal que alguien en la familia falleciera se guardaba un luto muy riguroso bastante tiempo.

El remendar estaba al orden del día y muchas veces los remiendos de los pantalones podían tener más superficie que lo que quedaba por romperse, pero era una obra de arte zurcir aquellas prendas a pesar que no había más remedio que hacerlo porque tenías esos y otros en la tienda. Por las noches íbamos a la escuela del “maestrillo” era un hombre que vino al pueblo por ese tiempo, pero el remanecía de un anejo yendo para Castril, que se llamaba Duda, y ese hombre nos enseñaba todo cuanto sabía.

Todavía existía el peso por arrobas, libras y cuartas. Hacía dictados, leíamos uno por uno en voz alta y hacíamos problemas. El ejemplo que planteaba en el problema era de granjas. Uno de los problemas que nos ponía era: “si en una granja hay ocho mil quinientas treinta y cinco gallinas que ponen todos los días siete mil setecientos cuarenta y ocho huevos, y cada docena la vende a seis pesetas con cincuenta céntimos, pero cada día se come setenta y cuatro kilos de cebada y cada kilo le cuesta a tres pesetas con veinte céntimos. ¿qué beneficios obtiene cada día? ¿y cada semana?. Mientras resolvíamos el problema, nos intrigaba la idea de quien podía tener tantas gallinas si nosotros no habíamos visto juntas más de media docena, que podíamos tener en el corral. Pero éste hombre se ingenió para enseñarnos todo lo que él había aprendido. Al final de mes cada uno le pagábamos como podíamos, unos le pagaban los diez o doce duros que valía en metálico y otros con una cesta de papas, habichuelas, trigo y algunos sólo podían decir que a otro mes le pagarían.

Otra de las cosas que quería que llegara era el día de hacer la primera comunión. Antes ya te habían enseñado a realizar algunas cosas y a poner cara de bueno y que no dijeras palabrotas, porque si no entonces no te quería el niño Jesús y que irías al infierno y Pedro botella te metía en una caldera de agua hirviendo y el demonio te haría perrería. Lo bueno de todo esto era que todo el mundo te hacía un regalo y te daba un par de pesetas, además ese día en tu casa, por lo menos había un guisado de arroz. Después, los domingos, te ponían ese trajecillo y como se iba a quedar pequeño, pues te lo ponías todos los días, hasta que se rompiera. En éste tiempo se valoraba mucho que la gente tuviera lustre. La mujer ideal era que estuviera blanca y un poco rellena, era para los hombres lo que más le llamaba la atención. Esto se acentuaba más en la gente que venía de fuera y nos interesaba mucho que nos contara cosas, algunas podían ser mentira, pero nos quedábamos con la boca abierta, cuando nos decían todo lo que había en “altividabo” o una foto que se habían hecho en el puerto o una postal en la plaza de Cataluña, pero había diferencia del que venía con la gente de aquí y además con algunas chaquetas de aquellas terlanka, se cortaban el pelo a navaja y se echaban laca, y los que estábamos aquí dábamos un aspecto de más cascarañeado y lo más que te echabas en el pelo era un poco de brillantina.

Las mujeres, sobre todo las mayores, cuando se calentaban en la lumbre se ponían cerca y le salían en las piernas cabrillas y daban la sensación de ser más mayores todavía, pero los maridos no reparaban en esas cosas, pienso que las verían bien. A los zagales nos estaban haciendo bromas, pero algunas no tenían mucha gracia, te cogían la cabeza con las dos manos a la altura de las orejas y te decían que si querías ver a

Dios comer gachas, entonces nos empezaban a restregar las manos que las tenían encallecidas y cuando te soltaban no sólo veías a Dios, sino que veías al Espíritu Santo.

Yo quería mucho a mis abuelos, por parte materna, les decía padre José y madre Antonia. Vivían en el barrio del remendado en una cueva que él como albañil tenía muy bien arreglada. Además le gustaba hacer molduras, cornisas, florones y muchos detalles. En una habitación tenía muchos de sus habilidades. No sabía leer ni escribir, sin embargo hizo muchas cosas grandes y bonitas que hay en el pueblo. A mí me gustaba mucho estar alrededor de él, se aprendía mucho de éste hombre y no tenía pereza para nada, si hacía frío, él nunca tenía y si hacía calos, tampoco tenía. Yo le amasaba el yeso y no me dejaba ni parpadear y como se lo diera duro ya tenía la bronca encima.

Un día estaba trabajando en el tejado y le di una pella de yeso que ya no iba en muy buenas condiciones y al mismo cogerla, me dio con ella en todo el cocote y fui rulando hasta el filo del alero del tejado, un metro más y caigo abajo. El cogió un susto de muerte y no sabía como disculparse y todo quedó en un susto. El único problema fue, que el yeso se me quedó en el pelo y cuando se puso duro, no había manera de quitármelo. El final fue tener que pelarme al cero. En su casa, yo siempre le ayudaba a lo que estuviera haciendo, nos llevábamos una espuerta de panochas al fuego y allí lo desgranábamos. Para escandilar la lumbre tenía una caña de un metro y medio que había perforado por el interior y soplaba a través de ella y no se tenía que agachar. La abuela me preguntaba ¿quieres tomate y pan? Y luego era pan y magra. Sin embargo si me preguntaba si quería pan y magra, era tomate.

Este matrimonio tuvo trece hijos y solo le vivieron siete. Por ese tiempo algunos se fueron a Bilbao y siempre estaban esperando carta de ellos. Una de las hijas se fue a la Argentina, recibían las cartas con mucha alegría pero al mismo tiempo con tristeza, porque una familia tan grande se esta esparciendo. Los que se fueron a Bilbao, le mandaron una radio, y a mi abuelo le gustaba mucho escuchar las noticias, pero bueno, él le decía el parte y tenía bastante conocimiento de lo que estaba pasando, pero a mí, me gustaba darle a los botones de una punta a la otra, cabreándose él.

Me contaba muchas anécdotas, decía que una vez trabajando en un cortijo, teniendo todos los críos pequeños y la cosa estaba muy mal, había una banda de pavos en la puerta del cortijo, todos haciendo rosca y los albañiles nada más que los miraban y no se les ocurrió otra cosa que cuando no estaba el dueño, le abrieron el pico a uno, que les pareció el más grande y le echaron una lechá de yeso. El pavo empezó a dar saltos y cuando se endureció dentro del animal, a los cinco minutos estaba tendido en el suelo. Cuando la dueña se apercibió de que el pavo estaba muerto, con mucha preocupación decía “pero si estaba bien hace un rato, que le habrá pasado” a lo que los albañiles le contestaban “hay que ver, no somos nada” y diciendo ella “ya lo tiraré” y ellos dijeron “no se preocupe usted, nosotros al irnos, lo tiramos”. Esta fue la forma de comer pavo, en pocas ocasiones lo hacían.

Otro día bajaban por el carril y cuando faltaba para llegar al horno del tío Poli, había una mujer cargando en una burra unas agüeras de panes recién salidos del horno. Ellos se miraron el uno al otro, estaban pensando lo mismo. Cuando la mujer se entró a por más, ellos metieron un pan en la amasaera y aliviaron el paso y se hartaron de pan. Lo que si se perdieron fue la discusión que esta mujer tuvo con el tío Poli al faltarle el pan. Más tarde, se enteraron que contaron más de cincuenta veces, podían haber estado todo el día, que por mucho que los contarán le faltaba uno.

Por parte paterna, sólo conocí a mi abuela Adolfina, mi abuelo Felipe había muerto cinco años antes de que naciera yo. Ella vivía en el cerro de la Virgen, yo iba muchos días y me estaba un rato con ella, siempre me daba algo. Tenía en unas cestas pequeñas higos secos, pasas, garbanzos torraos o rosquillos y me daba un poco de cada cosa. Por la noche se iba a dormir una de las nietas mayores, entre ellas, mi hermana. Una de las cosas que me gustaba ver, era una

virgencilla que llevaban en una urna que iba pasando por las casas y la tenían veinticuatro horas en cada una de ellas y le ponían unas mariposas encendidas, recibéndola con mucha alegría. Éste matrimonio tuvo catorce hijos y le sobrevivieron ocho. La mayoría también fueron hijos de la emigración, casi todos fueron a parar a Barcelona y ella se debatía entre el recuerdo y el que más cerca tenía. Era de una estatura más bien pequeña, pero a mí me impresionaba mucho, porque toda la ropa que vestía era negra. También llevaba un pañuelo en la cabeza y se le veía muy poco de la cara. Se ponía un segundo mandil cuando iba a los mandaos, y cuando pasaba por la puerta de la escuela y estábamos en el recreo, nos llamaba y nos daba un beso. Después empezaba a registrar el mandil y al final sacaba dos reales para cada uno. Con ellos íbamos al salir de la escuela a la tienda de Marcelo y nos daba dos caramelos bastante grandes y además en la envoltura llevaba un globo, pero nada más que empezaba a inflarlo, explotaba. Cuando ella murió, nos tocó de herencia una parte de la cueva, tres sillas grandes, dos chicas, una mecedora y un baúl. Siempre me quedó un buen recuerdo de ella.

Mi vecino, el tío Pelele, era una persona bastante graciosa y desenfadada, su trabajo consistía en hacer mandaos o recaos a Huéscar, un pueblo cercano. Iba con una bicicleta que llevaba dos portaequipajes, uno en la parte de delante del manillar y otro atrás. Fue cuando la radio estaba en todo su apogeo y pusieron una emisora en Huéscar y él se encargaba de llevar los discos que la gente solicitaba y todos los días, a las tres y media de la tarde estábamos pendientes para oír a quien se lo dedicaban. La locutora lo hacía con mucho agrado y hacía una frase que se repetía mucho “para la chica más simpática del cortijo de las cucharas, le dedican la canción que lleva por título, el puñal de tus mentiras, que sea feliz en su cumpleaños, se lo desea quien ella sabe”. Otra de sus actividades era esperar la llegada del correo y repartía alguno de los paquetes que traía. Un día le preguntó una mujer que había estado un poco tiempo fuera del pueblo y vino hablando muy fino: “Señor Daniel, ¿ha venido el correo? Y le contestó “nodo”. Tenía una respuesta muy rápida. El no echaba por la derecha, como se utilizaba el sentido del humor, pues no se lo tomaban a cuenta, porque eran tiempos que había que medir lo que se decía. Cuando lo veía subir por el barrio, yo bajaba y le empujaba a la bicicleta y siempre me traía algo.

Cuatro cuevas más arriba de la que vivíamos nosotros, vivía un hombre que estaba viudo, que se llamaba Álvaro Carayol, éste hombre tocaba el violín y lo hacía bastante bien. Se salía al puntal y cuando empezaba a tocar acudía todo el barrio. Era muy generoso y lo poco que tenía lo compartía. Lo acompañaba con un acordeón otro, le decían “el Albariquillo”, aquello era una fiesta. Más tarde, la “María la tonta” que estaba sirviendo en el pueblo, en una casa que la mujer no estaba muy bien, le decían la loca, pues la María dado a que la mujer no estaba muy lúcida y no guardaba bien las cosas, dio con un “nío” de billetes y la miseria desapareció por un tiempo. Lo primero que compró fue una guitarra y formaban un trío que tenía poco que envidiar al resto del pueblo. Los domingos todos los zagales pasábamos por su casa y a todos nos daba algo. La hermana de la María le decían “la Conejo”. Era una mujer muy alegre y bastante guapa, tenía muchos pretendientes. Un día se fue con uno que vendía por los “mercaos”, vino a los ocho días y ella decía que no le había hecho nada, pero entre las mujeres comentaban y se preguntaba “pero como iba a estar durmiendo con él y no se iba a hacer nada” y yo pensaba “pues si ha estado durmiendo, que le iba a hacer”, pero las mujeres no salían de su asombro, entonces aquello no estaba bien visto.

Era raro el día que no subía al cerro, desde lo alto se divisaba todo y nos subíamos a jugar, entonces se vino a vivir una familia que remanecía del levante a una cueva que hay en todo lo alto. Al hombre le decía el “tío Calaboro” y a la mujer “la Paquera”. El se ponía una boina vuelta del revés y muy “encasquetá” y la mujer llevaba unas gafas atadas con una cinta por detrás y calzaba con unas albarcas. Además la mujer era muy fea, y nosotros no teníamos nada, pero ellos aún tenían menos. Allí estuvieron viviendo seis o siete años. Después se fueron, no sé donde, y nunca más se han visto por aquí.

La pobreza reina en el barrio, hasta el punto de hacer tres o cuatro vecinas un poco de caldo, metían un hueso cada una un rato en la olla para que el caldo se apercibiera de un poco de sabor. Al hueso le decían “el gustillo” y se lo dejaba una a la otra. Pienso que la última vez soltaría poco gusto.

CAPÍTULO 8° Las supervivencias

La mejor leña que teníamos eran las aristas que soltaba el cáñamo, que gracias a él la mayoría teníamos trabajo desde que se sembraba en el campo hasta que se llevaban la fibra seleccionada o se fabricaban los alpargates. Después apareció la fibra sintética con derivados del petróleo y ésta industria se vino abajo, pero anterior a esto el cáñamo proporcionaba mucho trabajo para el pueblo. Otro producto que salía del pueblo era la remolacha, aquí se criaba con mucha calidad, tenía más grados que en los demás pueblos. La gente penaba mucho porque la recolección era en los meses de diciembre y enero y si no estaba lloviendo, caían unos hielos que se congelaba la tierra. La iban entregando en la báscula y desde allí se la llevaban a Caniles, que estaba la azucarera.

Los zagales nos bajábamos de noche a ayudar a cargar los camiones y nos ganábamos algo para el domingo. A veces lo más que pillábamos era que nos subieran montados hasta la puerta de la “tía Zorrica”.

Cualquier cosa te hacía ilusión, partíamos de una guerra muy reciente que sólo sirvió para destruir y que la miseria se acentuara más y que cada familia perdiera, unos más directamente que otros, hasta incluso de perder algún familiar, pero a medida que pasaba el tiempo, que creo que es el que se ha ocupado de ir viendo las cosas de otra forma, el progreso que poco a poco iba mejorando y partiendo de una base tan negativa, todo era ir dando pasos hacia delante. También contribuía a esa felicidad la ignorancia que nos envolvía, vivíamos bajo un régimen medio y un obrero que es el tesoro de una nación, se trataba con la punta del pie, por lo que eran dueños de todo e incluso había que decir don fulano o don mengano. En cuanto un crío podía andar, ya tenía que ir a darle a una cabra o llevarle de comer a tu padre al campo, ya que él se iba por la mañana y no había nada para que llevara, entonces esa mujer tenía que ir a la tienda a por algo de comida, llevándoselo “fiao” y llevárselo a él por muy lejos que estuviera. Mientras volvía dejaba a los hijos a cargo de la vecina o de alguno que ya fuera un poco mayor.

Los hombres trabajaban mucho físicamente, pero el trabajo de la mujer, aunque no era tan fuerte, era de los más sufríos, ya que veía las faltas más directamente, los padres quieren mucho a sus hijos, pero creo que las madres los quieren más, por el hecho de que los llevan nueve meses en su vientre y empieza a ser parte de su vida. Uno de los problemas más grandes que teníamos era la ignorancia, encima de que no teníamos nada. En cada casa había un mínimo de cuatro o cinco críos, llegando a un máximo de doce, debido a la gran falta de no haber recibido una buena educación para estar más instruidos y controlar la natalidad, pero la pobreza hacía su aparición por cualquier sitio. Cuando llegaba el verano, se morían muchos críos por falta de nutrición y de higiene. El frío y el calor se encargaban a veces de poner a prueba la debilitada salud que podía tener una persona. Cuando caíamos enfermos, había muchos remedios caseros y en cada barrio había siempre dos o tres mujeres que ayudaban a salir del paso, como pueden ser resfriados o pulmonía. Sus remedios era tomar cosas calientes y acostarte, echándote toda la ropa que tuvieras e incluso la pelliza de tu padre, el chal de tu madre y si te parecía poco hasta los aparejos de las bestias.

También nos daba la acetona, que yo no sabía lo que era, pero le daba a muchos críos, pasábamos el sarampión y se nos ponía toda la cara y el cuerpo lleno de granos. Luego había algunos que nos pegaban las anginas, hasta algunos les daba la apendicitis y nos decían los

mayores que antes a todo el que se moría, porque no sabían los médicos que era, lo llamaban “el dolor miserere”. Por entonces cuando un crío se ponía malo y no detectaban que tenía, muchos decían que a lo mejor le habían hecho “el mal de ojo” y estaban convencidos de que era eso, sobre todo mujeres mayores que tenían un don de brujería y que ellas disfrutaban haciendo el mal. También existían otras que combatían este mal. Cuando alguien se daba un porrazo y se hacía daño por dentro, entonces había otras que rezaban de carne cota. Creo que tenían que se tres pero ninguna supiera quien eran las otras para que hiciera efecto y poco a poco el enfermo encontraba mejoría. En el pueblo había también un hombre que le decían “el tío José el Felicita” que tenía gracia al ser el quinto de cinco hermanos y cuando un crío se encontraba mal, llamaban a este hombre y le pasaba la mano por la barriga y en muchas ocasiones reanimaba al crío. Otras mujeres curaban las culebrillas. Cuando este mal aparecía rodeaban de tinta un círculo para que no pudiera extenderse al resto del cuerpo y después empezaba a hacer muchas cruces y a los pocos días aquello iba desapareciendo. Otra de las cosas que solía ocurrir en los críos, como casi siempre estaban en la calle, en el verano se les metía el sol en la cabeza, era como una insolación, entonces entre tu madre y una vecina te ponían una sartén en la cabeza con agua y quemaban unos copos de cáñamo y así conseguían quitar ese malestar. Si lo que te ocurría era un porrazo y algún hueso se salía de su sitio, entonces te llevaban a la casa de la “tía Josefa, Mandadera” y esta mujer tocaba donde te habías hecho daño, detectaba la mala posición del hueso y diciéndote algo que te gustaba, con mucha habilidad te volvía ese hueso a su sitio, no sin que pegaras un chillío, después te lo vendaba y en unos días estabas nuevo. La forma de pagarles a estas personas, ya que ellas no tenían un recibo estipulado, ni estaban legalizadas para hacerlo, pues la gente les correspondía con algo de lo que tuviera en su casa, por ejemplo, con media docena de huevos, una cesta de papas, un pollo, etc.

Otra de las cosas que les podía ocurrir a los críos es que se quebraban, sobre todo cuando eran muy pequeños, a la altura de la ingle, los telos que tenían eran muy endebles y de los movimientos al cambiarlos y limpiarlos y a veces de llorar si la madre había ido a hacer algo, el chiquillo se garnataba llorando. Cuando los críos empezaban a andar había que enseñarles a que pronto hicieran sus necesidades solos, ya que eso evitaba bastante trabajo a las madres, entonces les dejaban descubierto un agujero para que ellos no tuvieran más que agacharse y hacerlo, pero lo hacían donde les daba la gana, a veces en el mismo tranquillo de la puerta y al salir o entrar alguien, allí iba a parar el pie, después renegar y restregar el alpargate donde pudieras y limpiarlo, lo más seguro es que no tuvieras otro calzado.

Donde más le gustaba ir a los críos con sus madres era a las tiendas porque siempre pillabas algo, los caramelos eran como un sueño para nosotros, hacías todo lo que te dijeran para conseguirlos, incluso hartarte de llorar.

CAPÍTULO 9º Inventos

Por ese tiempo había mucha ambición por descubrir cosas, incluso la mente creía que las inventaba y una de las cosas que más nos atraía era todo lo que llevaba ruedas. Mi vecino “el Castoro” hizo una bicicleta de caña, fijándose en una norma. Le iba dando forma a las cañas y atándolas con cordeles consiguió con mucho esfuerzo que aquel artefacto rulara, pero se montó en ella y el recorrido que hizo no superó los trescientos metros, aquello empezó a desfajarse y cada trozo de caña por su lado. Él se sintió satisfecho e incluso decía que la había inventado y con toda aquella ilusión escondía la realidad que lo que no tenía era las trescientas pesetas que valía una en la tienda.

Otro hombre también muy convenció en los inventos que se llamaba Bernardino estaba muy obsesionado por los inventos y se metió en una habitación del fondo de la cueva que era la oscura, para no ver la luz y allí permaneció un mes, decía que era la forma de concentrarse y no

desviar la atención con la intención de inventar algo, y al cabo de un mes salió y este hombre muy convencido decía que ya lo tenía y el invento consistía en un trozo de alambre de unos cincuenta centímetros y en las puntas llevaba dos trozos de madera de donde cogía con cada una de las manos y decía que servía para cortar el jabón que se hacía en las casas. Este artilugio no dio ningún resultado, porque se siguió cortando como se hacía antes, con un cuchillo. Pero este hombre no se daba por vencido y comentaba que tenía otro en mente y que en un día lo intentaría, y lo que pensaba estuvo a punto de costarle la vida. Un día juntó a mucha gente para que lo viera, entonces cogió un paraguas, se subió en un terraplén que tendría unos seis o siete metros de altura, abrió el paraguas y se tiró al vacío, el paraguas se dio la vuelta y bajó a la misma velocidad que si no hubiera llevado nada. Lo que no nos explicamos es cómo este hombre salió ileso del golpe tan aparatoso que se dio, pero que una vez que el se vio en pie decía que se tiraba otra vez, que no explicaba como podía haber fallado y que quería inventar el paracaídas. A fuerza de ruegos lo convencimos de que eso era una barbaridad y que no lo volviera a intentar.

El tiempo iba pasando y como era normal algo se iba progresando en muy poca medida, pero tendíamos a ir algo hacia delante en todos los terrenos. Entonces empezó a venir al pueblo unas máquinas de segar que funcionaban por la tracción animal, enganchaban dos mulas para tirar de la máquina y a través de unos engranes y unas aspas que iban girando, mas el peine que cortaba la mies. Aquello lo acumulaba encima de un tablero y cuando juntaba una gavilla, una de las aspas bajaba sobre el tablero y la arrojaba al suelo. Ya había una gran diferencia de esto, a segar con la hoz, que de ahí para atrás no había otra forma.

Cuando estas máquinas estaban segando, por allí desfilaba todo el pueblo y se quedaban admirados de ver este gran invento. Luego en el pueblo, sobre todo en los bares se volvía a comentar, sin embargo había gente reacia que todavía no lo asumía bien y decían que desgranaba algunas espigas, pero poco a poco, aquello se fue imponiendo y aquel artefacto ayudó mucho. Desde esas fechas y anterior a éstas, la gente salía a segar fuera de Galera, donde más iban era a la parte del levante. Se marchaban andando por la parte de Lorca y el campo de Cartagena. Había costumbre que uno de la cuadrilla tenía una caracola bastante grande y le abría un agujero por la parte de atrás y soplando fuerte esta, emitía un sonido fuerte, encargándose de llamar y despertar a los demás. A mí me impresionaba mucho verlos vestidos de faena, se colocaban delante de los pantalones que normalmente eran de para unos zamarrones de una tela muy fuerte, un camisón y en el brazo izquierdo, desde la muñeca hasta el codo, un trozo de cuero que le decían la manija, en los "deos" de la mano izquierda se ponían dos, tres o incluso cuatro dediles; éstos eran unas fundas de cuero para proteger los dedos de cualquier corte con la hoz.

También se ataban sobre la correa, que les servía de cinturón una especie de estuche y dentro llevaban la petaca con picadura de tabaco y el mechero, que era de mecha, ellos le decían el mataconejos y un librillo de papel para liar los cigarros.

El sombrero era imprescindible, daba la sensación que eran más mayores. Casi siempre llevaban barba de varios días.

Las temporadas eran de aproximadamente un mes. Cuando volvían los recibían con mucha alegría. Yo siempre me metía en medio de estos reboleos y a los chiquillos siempre nos traían alguna cosa. Ya una vez acabado, cada uno contaba los cuatro duros que habían ganado, hasta incluso los contaban veinte veces.

También en las eras donde se llevaba la mies, había alguna máquina de ablenar, aquello también agilizaba la faena, porque antes había que estar esperando a que corriera aire. En esta máquina normalmente se ponían cuatro hombres, uno le daba a la manivela, otro le iba echando lo de la trilla, el tercero retiraba el grano y el cuarto retiraba la paja. Después se iban relevando de puesto, pero se trabajaba mucho.

Un día mi abuelo se puso malo y fue al médico, lo reconoció y le dijo que no tenía nada grave y le recetó una caja de supositorios y cuando llegó a su casa, se los comió. Después de habérselos comido, se lo dijo a mi abuela y ella se alarmó y le dijo que eso no se comía. Empezó a llamar a los vecinos, porque esperaban que la reacción de los medicamentos pues le diera algo e incluso entre los vecinos comentaban que eso no lo aguantaría y lo más fácil era que se muriera. Sin embargo él estaba tan campante y lo único que decía es que estaban muy amargos. Cuando pasó veinticuatro horas el médico dijo que ya había pasado el peligro, pero los de alrededor no se lo creían, ya que lo habían pasado peor que él.

Para trillar ya era raro que se viera algún tractor, casi todo se trillaba con bestias, sobre todo con mulas. Había una familia en la punta arriba del barrio y echaban mano de lo que tenían. Poco era lo que tenían que trillar y engancharon una cabra y un cerdo. La gente acudía a ver aquello, porque más que trillar era un espectáculo. Pero todavía había gente en peor situación y sólo podían ir a espigar que en estos tiempos pocas espigas se dejaban y desde el ser de día hasta la una de la tarde, asomaban con un talego de espigas y por las tardes las extendían sobre un saco y con una maza las espicazaban, después lo echaban en una espuerta, le ponían en el puntal y lo ablentaban con el poco de aire que corría. A la noche lo llevaban al horno y te lo cambiaban por un pan y a otro día vuelta a empezar.

CAPÍTULO 10° **El cáñamo**

Lo que más se sembraba en la vega era cáñamo y remontándose en el tiempo y hasta que la fibra fue sustituida por el petróleo era de lo que más trabajo daba en el pueblo. Se sembraba por el mes de marzo y a parte de preparar la tierra que había que dejarla muy bullía, cuando estaba saliendo de la tierra era muy sensible y había que rastrearla para ayudarle a que rompiera, pero además tenía otra dificultad que al ser tan tiernas las capotas, era una cosa que les gustaba mucho a los pájaros, sobre todo a los gorriones y para solucionar esto, tenías que estar desde que amanecía hasta que anochecía una persona espantándolos y éste trabajo casi siempre lo hacíamos los zagales. Te llevabas unas latas y un palo y todo el día alrededor del bancal espantándolos y así varios días hasta que cogiera una altura de unos diez centímetros. Como todos tenían que hacer lo mismo la vega parecía una fiesta. De ahí hasta que se arrancaba solo era regarlo y combatir una plaga que le entraba que le decían la “porrilla”.

Se arrancaba en el mes de septiembre, la gente se tenía que colocar bastante ropa porque la superficie de la caña era como una lima y comía mucho, sobre todo se ponían una pelliza porque era más recia y el desgaste que iba sufriendo lo aguantaba más y como la pobreza estaba siempre presente, algunos no tenían suficiente ropa y recurrían a pedirle a quien podía dejarle alguna, bastante usada pero salían del paso.

Iban haciendo unas manas que tenían aproximadamente unos ciento veinticinco milímetros de diámetro y las iban dejando caer al suelo en posición perpendicular al tajo y así se sacaba un poco las raíces que llevaban barro. Después se cogían estas manas y con un palo se iban sacudiendo y se ponían en forma de equis, de tal forma que la parte de la flor quedaba suspendida en el aire y así estaba cuatro o cinco días hasta que se secaba.

En el centro del bancal ya se había preparado el mismo día que se arrancó, un trozo de terreno de unos veinte metros cuadrados, que los habían apisonado bien, para que éste día que ya estaba seco, se ponían un trozo de tablero y allí se iban sacudiendo. A esta operación le decían esjargolar. Allí mismo se ablentaba y se llevaban los cañamones limpios a la casa. La hoja quedaba hecha un montón y a esto le decían “galgo”. Más tarde se extendía en el bancal, que servía de estiércol para otras cosechas. El cáñamo se ataba en haces de aproximadamente veinte manas y se llevaba a unas balsas. Dentro se iba acumulando en filas a una altura de tres haces y encima se le echaban bastantes piedras que servía de peso, para que al echarles el agua los haces

no flotaran. Lo tenían debajo del agua unos veinte días más o menos. Entonces se volcaban las piedras, los haces flotaban, se iban soltando y mana por mana. Desde las orillas se iba echando fuera, de forma un poco inclinada para que el agua fuera escurriendo. Este trabajo era muy infrahumano porque debido a la cantidad de cáñamo que había y las pocas balsas que había, estas operaciones se prolongaban hasta diciembre y enero, en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, calaos de agua y mucha gente cogía pulmonía y unos la superaban pero otros no.

Mi abuelo me contaba que cuando él era pequeño, cuando alguien cogía pulmonía los enterraban en un montón de basura de bestias, dejando sólo la cabeza fuera, al fermentar la basura y se calentaba, lo dejaban varios días y de esta forma conseguía desechar esta enfermedad.

La siguiente faena le decían “remudar”, se llevaba a un descampado para dejarlo secar, entonces se juntaban cada cuatro manas, se ataban de medio para arriba y de forma vertical las manas servían de patas y se abrían bien para que el aire lo secara, a esto le decían “cabañuelas”.

Los zagales jugábamos mucho, sobre todo al escondite, y algunas parejas de novios se escondían en éstas, era un sitio ideal para no ser vistos. Me acuerdo que había una mujer que se liaba con el primero que llegaba y la vimos meterse con un hombre que venía vendiendo aceite. Nosotros que los vimos, fuimos y estaban los dos en pelotas. Cada uno salió corriendo para un lado y les aguamos la fiesta. Para mí fue la primera vez que ví a una mujer en cueros. Una vez que el cáñamo estaba seco se granaba. Se soltaba la cabañuela y maná por maná, se iba machacando para quitarle la caña y ya aparecía la fibra, lo que soltaba eran las aristas, que con la escasez de leña que había, la gente se remediaba en las cuevas. Siempre había una habitación que le decían el cuarto de las aristas y cada vez que sacábamos un puñado se iban esturreando hasta llegar al fuego y siempre estaban los mayores advirtiéndoles a los críos que tuvieran cuidado con el rastro, que era el chorro que se iba cayendo, porque a veces a través de las que se caían podía llegar el fuego hasta el cuarto y provocar un incendio.

Después de agramar las manás se juntaban de dos en dos y se les llamaban cerros y juntando veinte cerros se ataban y se le decía un “atao”. El jornal de un hombre era de agramarse dos ataos y las aristas eran de los que agramaba.

Después pasaba gente rebuscan y lo que más se llevaban era tierra. Había también gente generosa que les dejaba alguna para que llenara un saco. Siempre estábamos rodeados por la miseria. Por la noche, casi todos los hombres iban a las tabernas, se sentaban en una mesa la cuadrilla que habían estao juntos y se bebían unas botellas de vino, con un plato de garbanzos y avellanas revueltas. A esta tapa le decían un “bautizo”. Casi siempre salía alguno borracho y no era por lo que había bebío, sino por que no estaba bien alimentao para el trabajo que desarrollaba.

Siguiendo el proceso, después se espadaba para quitarle las aristas más pequeñas que les quedaba y la fibra cogía más lustre. Al espadarlo ya se juntaban dos cerros, se doblaban por la mitad y esto se llamaba un “torcio” y se le ataban unas gabillas y ya estaba listo para venderlo. Se lo compraban los que tenían rastrillos, que eran unos tableros los cuales tenían unos cincuenta o sesenta clavos, y el propietario tenía unos pocos obreros y aquí al pasarlo por un rastrillo se iba seleccionando las betas más fuertes y se dividía en varias calidades. A la mejor calidad le decían “canal” y de ahí salía toda la cordelería, y al espojo que salía, se hacían suelas para los alpargates. A los que cosían suelas les decían apargateros. Siempre estaban pensando en gastar bromas a la gente. Yo siempre estaba con ellos y un día había un hombre muy mayor que pasaba por el camino y recogía las colillas del tabaco y no se les ocurrió otra cosa que poner una en un cepo y cuando este pobre hombre se agachara a cogerla, el cepo le cogiera los deos. Cuando esto pasó, el hombre con mucha pena los miró y continuó su camino. Entre ellos se miraron y sin mediar palabra entendieron que no estaba bien lo que habían hecho.

Entre los rastrillaos había uno que era muy corpulento, él se comía todo lo que le pusieran,

luego al hacer de cuerpo era una barbaridad. Un día pensaron de envolverla bien para pesarla y como ellos no disponían de peso, fueron a la tienda de “Marcelo” que era un hombre muy atento. Le echaron la excusa que era manteca para hacer unas tortas y Marcelo montó el paquete en su peso de balanza y muy serio le dice que tenía un kilo justo y ahí se enteraron todos de lo que cagaba. Al poco tiempo se enteró Marcelo de lo que había pesado ese día y las relaciones fueron más tirantes, ya no se fiaba de ellos.

En este tiempo el cañamo proporcionaba el cincuenta por ciento del trabajo en el pueblo.

CAPÍTULO 11° La remolacha

Otro de los productos que se criaba era la remolacha, que aquí era donde más grados tenía, porque la tierra reunía las cualidades y este producto se criaba con mucha calidad. Se sembraba por el mes de marzo. Siempre era en tierra de regadío y todas las faenas que se le hacían eran muy penosas, pero sobre todo cuando se arrancaba, que era por el mes de diciembre, la lluvia y aún más el hielo que lo congelaba todo, lo hacía mucho más duro, y allí colaboraba todo el mundo. Los hombres la iban sacando de la tierra, con unos ganchos y los que podíamos menos, le quitábamos las hojas con una hoz, le decían “escoronar” y la íbamos haciendo montones.

Después se iba entregando en la báscula, donde la concentraban toda la del pueblo y con camiones se la llevaban a Caniles, que estaba la azucarera. También había otra en Benalúa. Para cargar los camiones siempre había gente dispuesta, de esta forma se ganaban algún dinero cada uno, para sus gastos. A cada propietario que había entregado remolacha, le anticipaban un saco de azúcar, que por esas fechas era cuando se hacían los rosquillos para la Pascua, que eran tiempos que se vivía con mucha ilusión y había un refrán que decía “de la Pascua a San Antón, fiestas son”.

Todo el pueblo te invitaba a lo poco que tenía, pero lo hacía con una gran voluntad. Todos hacían una bebida muy típica llamada mistela. También se hacía cuerva, que en otros lugares es conocida como sangría y los dulces, y ya por esas fechas ya todos habían hecho la matanza con el cerdo.

Había muchas viñas y el vino se pisaba en las bodegas del pueblo y por su situación geográfica todas las ventanas dan al norte y mantienen una temperatura inferior y el proceso de la fermentación era más largo y el vino salía con más calidad. Era muy nombrado en toda la zona. Yo siempre estaba en el medio, veía que la gente se emborrachaba mucho, cantaban y decían muchas tonterías, y a otro día todos estaban trabajando como si no les hubiera afectado la borrachera para nada.

Había un vecino que cuando se chispaba, sacaba el burro de la cuadra y decía que tenía que entrar de culo y no se le podían hacer las contras. La mujer le seguía la corriente e incluso le ayudaba, de lo contrario se ponía echo una fiera y a otro día no era nadie, ni se acordaba de nada. Había otro que cuando llegaba en la misma situación, levantaba a la mujer y a los hijos y los ponía a hacer instrucción. Ellos se comportaban muy sumisos con tal de no dar escándalo en el barrio, pero no les hacía ninguna gracia.

Los zagales, todos tenían una alcancía y cada perra que te daban o te la ibas ganando, la ibas echando en ella, para cuando llegaran las fiestas o para alguna cosa que te querías comprar. Al día la mirabas un montón de veces y la cambiabas de sitio y aquello te hacía mucha ilusión.

CAPÍTULO 12° El agua potable

Por ese tiempo se puso el agua potable en el pueblo. La trajeron de la Alquería a unos cuatro Km. de distancia, de unas fuentes que les dicen “balsicas”, al permitir el nivel que el depósito

quedara a una altura bastante alta del pueblo.

El proyecto era de mucha envergadura, tenían que atravesar haciendo minar muchos cerros, pero aquello creó mucho trabajo para la gente y una de las cosas que más nos sorprendía es que empezaban a hacer la mina por las dos puntas y coincidían en el centro. La verdad es que era una obra de ingeniería pero a nosotros nos sorprendía mucho aquello.

Las minas las hacían de dos metros de alto y un metro de ancho aproximadamente. Después ponían un tubo de unos veinte centímetros de diámetro sobre unos tantos que subían unos veinte centímetros del suelo. el tubo quedaba pegado a un lado de la mina y el resto era paso, al salir de la mina a lo que hacia barranco hasta la otra boca hacían un sifón haciendo unas arqueta en cada entrada o salida de las minas. Los zagales pasábamos todos los días de una punta a otra porque aquello nos impresionaba mucho.

Los obreros se alumbraban con carburos y nosotros íbamos buscando los restos de carburo que tiraban y los prendíamos poniendo una lata haciendo saltar la lata por los aires.

Al final de la ultima mina hicieron dos depósitos también debajo de la tierra, de una capacidad de unos doscientos metros cúbicos, cada uno y antes de llenar los depósitos trajeron el agua hasta la misma entrada seria para probar si el agua llegaba bien hasta allí y la echaban por la alcantarilla de la carretera a una caña que tiene unos bancales y el dueño los regaba con esta agua y todo el pueblo subía allí con cantaros y sen llevaban agua antes todos teníamos que ir al río.

Casi toda la conversaciones eran relacionadas con la llegada del agua al pueblo, creo que era un gran paso.

A partir de allí se empezó la red de distribución en el pueblo y pusieron varios caños públicos en distintos puntos, y quizás fuera el punto más concurrido, a veces tenías que hacer cola para poder llenar el cacharro que llevabas, pero yo veía que sobre todo las mujeres después de haber llenado el agua, se estaban un buen rato cascando con las otras, se lo pasaban bien.

También las que eran mocicas y ya había algún zagal que las había mirado dos veces al ir al caño a por agua, pues intentaban coincidir allí para ir tirándole los tejos y ver si eras de su agrado.

Poco después se fue distribuyendo por el pueblo, primero lo que era el casco viejo y más tarde iba subiendo a los barrios, pero solo a los más cercanos. Después se unían algunos vecinos y entre ellos y por su cuenta la llevaban hasta su casa. Al principio les parecía increíble la comodidad que les suponía no tener que ir a buscarla tan lejos.

Otra cosa que a la gente sobre todo a los muchachos les impresionaba era hacer la mili. En las casas cuando se acercaba el tiempo de incorporarse a filas en las casa se vivía muy pendiente del mozo que se tenía que ir. Bueno, ya desde un año antes que lo medían en el ayuntamiento y ese día era una fiesta para ellos, salían pidiendo por el pueblo y por los mercados y con todo lo que juntaban se lo llevaban a una cueva y lo guisaban pero casi lo primero que hacían era chisparse y aquello duraba dos o tres días.

Cuando midieron a mi hermano yo estaba allí con ellos y entre cuatro o cinco se les ocurrió de ir a volcarle la chimenea a una mujer mayor que vivía allí cerca y no se lo pensaron dos veces, cuando la mujer se levantó por la mañana y vió la chimenea en el suelo, pues a parte del cabreo que pilló se fue derecha al cuartel. Enseguida los civiles a buscar a los quintos y no salía en claro los que habían sido y tuvieron que ir todos a hacerle la chimenea. Como todavía no se le había ido la borrachera salió la obra como para tirarla otra vez y como la mujer no estaba conforme tuvieron que buscar un albañil y pagarle entre todos.

CAPÍTULO 13° Los quintos

Al ser gente tan joven y con ganas de juerga se juntaban en una cueva y se comían y se

bebían todo lo que llevaban y pensaban todo lo inimaginable. Fueron y le compraron a un gitano un pollino que tenía y allí se lo comieron. Cuando ya se emborrachaban empezaban a hacer apuestas. Unas eran normales, como echarse el pulso y probarse las fuerzas de todas las maneras, pero hacían barbaridades como coger un cántaro y roerle toda la boca dos o tres centímetros, comerse el tabaco y dar voces y cantar hasta quedarse afónicos hasta dos o tres días.

Con anterioridad aparte del preparativo que tenían, habían comprado un pollino que ellos mismos mataban y lo preparaban en distintos guisos y se lo comían, y el hecho de ser quintos los unía mucho.

Cuando llegaba el día de irse, se juntaban todos en la plaza y entre ellos y la gente que acudía a despedirles se formaba un genterío. Después llegaba el camión del tío Pedro el de las ollas y uno a uno con su poso de equipaje se iban subiendo al camión y los llevaba hasta Guadix, donde estaba la caja de reclutas y desde allí se los llevaban a los distintos acuartelamientos que los destinaban.

A los siete u ocho días en las casas recibían la primera carta con foto incluida vestidos de soldados y las madres no sabían donde ponerla, pero una de las cosas que más les consolaba era saber si le daban bien de comer.

Cuando venían de permiso traían unos cuadros con muchas cintas de todos los colores, pero sobre todo una muñeca vestida de soldado con una trompeta que tocaba el quinto levanta y todas las conversaciones y comentarios eran relacionados con la mili.

Normalmente en los alrededores de los cuarteles había bastante prostitución y algunos que era la primera vez que se estrenaban, pues tenían mala suerte de coger algunas de las enfermedades que por ese tiempo existían, por ejemplo purgaciones, ladillas, etc... era mayormente por falta de higiene que allí había. También se traían ropa que luego usaban aquí, sobre todo gorras. Al licenciarse ya se entendía que eran hombres hechos y derechos, incluso la mayoría empezaban a fumar delante de su padre, cosa que antes no hacían, y a echarse novia con más libertad.

CAPÍTULO 14° Loa gitanos

En el pueblo había bastantes gitanos que trabajaban cuando les avisaban pero lo que a ellos más les gustaba eran los tratos de bestias, lo pasaban bastante mal, pero ellos siempre estaban cantando y bailando y más cuando llegaba la pascua o alguna celebración como boda o bautizo.

Cuando iban al campo, si tenían algún burro, siempre iba el gitano montado y la gitana detrás andando y si el gitano entraba en algún bar., la gitana se quedaba siempre en la puerta.

Ellas hacían en su cueva canastas y cestos con cañas y varillas de mimbreras y las vendían o las cambiaban por cosas de comer.

Siempre les temían mucho a los civiles porque los maltrataban mucho y cualquier cosa que robaban en el pueblo, les echaban la culpa a ellos.

Cuando se enteraban que a alguien se les había muerto un cerdo o cualquier animal, iban donde lo habían enterrado, lo desenterraban y se lo llevaban para comérselo. Para todos estaba todo difícil, pero para ellos todavía peor.

Había un gitano que le decían “la osa” que iba muy bien vestido y con muchas alhajas y los zagales nos acercábamos a él y siempre nos daba algo, decía que había estado en la División Azul, en la segunda guerra mundial y que recibía una paga ya que se le veía que tenía dinero. Al poco tiempo se fue y ya no supimos de él.

CAPÍTULO 15° El cristo y los Toros

En una fiesta del Cristo, que para todos era lo máximo y la estábamos esperando todo el año, hicieron toros, pero como la economía no permitía hacer nada del todo bien, pues improvisaron la plaza con palos y no muy bien amarrados y buscaron una vaca que envestaría, de un hombre que le decían el “tío cabrera”, que la dejó por buenos empeños, pero este hombre no muy convenció del todo. La vaca la tuvieron en una especie de chiquero junto a la plaza que estaban haciendo. Le echaban comida y agua y el dueño no paraba de ir a ver que trato le estaban dando y por allí desfilaba todo el pueblo y todo era tirarle piedras y tratar de resabiar al animal. Cuando llegó la hora de la corrida y todo estaba a punto, abrieron el chiquero y salió a la plaza y el animal del vocerío de la gente y el haber estado tanto tiempo allí encerrado, salió asustado y el primer salto que dio, se saltó los palos y corría a todo lo que daba de sí por todo el pueblo. La gente huía y otra iba detrás para ver si la podían pillar y a todo eso con mucho pánico, ya que por donde iba hacía paso. Después de correr todo el pueblo se fue hacia el río y al cruzar había un remanso y la vaca se quedó zanjada en el cieno. Luego vino la briega para sacarla. La gente tiraba con cuerdas hasta que consiguieron arrastrarla a la orilla y el animal tumbado totalmente abatido y el dueño no paraba de decir “esto lo sabía yo” y ya nadie se hacía responsable de toda esta tragedia.

Al año siguiente hicieron otra plaza mejor y trajeron cuatro novillos muy espeluznaos y secos, pero las autoridades no concedían el permiso temiendo que pasara lo mismo que el año anterior y al final les tuvieron que dar puntilla y este hombre que organizó estos festejos no le quedó más remedio que abandonar, porque el hombre más que otra cosa, lo que tenía era mucha fe puesta en estos actos.

CAPÍTULO 16° **Champiñones**

Por ese tiempo vinieron unos hombres que le proponían a la gente que tenían varias cuevas, que por desgracia se habían quedado vacías, ya que sus habitantes habían encontrado trabajo allí donde habían emigrado, que se las alquilaran para sembrar champiñón.

Aquello llevaba un proceso largo. Lo primero que se hacía era desinfectar la cueva, después compraban basura, que por lo que decían la mejor era la de las bestias. La iban juntando en cualquier escampao y cuando tenían la cantidad suficiente la iban hacinando en un montón que tenía forma rectangular y una altura de un metro y medio y a medida que la iban amontonando le echaban agua para que fermentara y unos días después le daban vuelta para que pudiera la que antes había quedado en la superficie y al cabo de unos quince días la trasladaban hasta la cueva y la iban poniendo en forma de caballos. Después introducían unas semillas que ya le habían proporcionado estos hombres que vinieron y le propusieron la siembra. La semilla echaba muy mala olor. Quince días más tarde empezaba a brotar lo que ya era el champiñón.

Aquello para el pueblo fue todo un descubrimiento y palió un poco la economía del pueblo ya que estaba atravesando por mal momento. Ya con anterioridad había caído la industria del cáñamo.

Aquello fue una novedad y el champiñón nos lo comíamos de todas las maneras, frito, asado, cocido... en los bares te lo ponían en bocadillos. Hubo tres o cuatro años que aquello fue muy bien. Mas tarde fue produciendo cada vez menos y la gente ya no se defendían criando aquello y después sólo quedó la cueva maloliente y las paredes manchadas y un exquisito lugar para que las pulgas se adueñaran de la cueva.

CAPÍTULO 17° **El fútbol**

También había mucha afición al fútbol. Venían a jugar de todos los pueblos de alrededor, no

es que fuera liga, si no que se desafiaban y quedaban para jugar los domingos pero con quien más rivalidad existía era con Huéscar.

Bajaban en un camión o con bicicletas o incluso andando y ya en la entrada del pueblo estaban todos los zagales preparados con palos y piedras para atemorizarlos y diciéndoles de todo menos bonicos.

Ya cuando empezaba el partido todo se calmaba un poco, pero en cuanto había una jugada rara o que no nos interesara ya estaba el follón liao, pero lo peor ya era cuando llegaba un gol, si era por parte nuestra era todo alegría aunque el acoso seguía maltratándolos pero si por el contrario el gol nos lo metían a nosotros ya era muy difícil que el partido continuara, la gente invadía el campo. El árbitro n tenía ninguna autoridad y en muchas ocasiones se llegaba a las manos.

En el equipo jugaba gente más mayor. Había algunos que jugaban bastante bien, pero la mayoría era a lo tonto. En la defensa jugaba “José el Colorao” y por allí no se colaba nadie. Cuando venía el balón, cogía correntilla e iba para él y le pegaba tan fuerte que cruzaba el campo y salía por detrás del portero contrario al mismo tiempo que el alpargate salía disparado para el cielo.

En ese tiempo todos queríamos ser Ramallet o paco Gento, pero con una pelota hecha de trapos con unos cordeles rodeados que a los cinco minutos ya estaban por un lado y los trapos por otro, cómo se podía soñar llegar tan lejos.

Bonifacio Sola Martines (1952)
